

VIII - Salud y género

Elementos para la construcción de la masculinidad: sexualidad, paternidad, comportamiento y salud reproductiva

Morelba Jiménez García

SciELO Books / SciELO Livros / SciELO Libros

GARCÍA, M. J. Elementos para la construcción de la masculinidad: sexualidad, paternidad, comportamiento y salud reproductiva. In: BRICEÑO-LEÓN, R., MINAYO, M. C. S., and COIMBRA JR., C. E. A., coord. *Salud y equidad: una mirada desde las ciencias sociales* [online]. Rio de Janeiro: Editora FIOCRUZ, 2000, pp. 361-367. ISBN: 978-85-7541-512-2. Available from: doi: [10.7476/9788575415122](https://doi.org/10.7476/9788575415122). Also available in ePUB from: <http://books.scielo.org/id/rmmbk/epub/leon-9788575415122.epub>.



All the contents of this work, except where otherwise noted, is licensed under a [Creative Commons Attribution 4.0 International license](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/).

Todo o conteúdo deste trabalho, exceto quando houver ressalva, é publicado sob a licença [Creative Commons Atribuição 4.0](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/).

Todo el contenido de esta obra, excepto donde se indique lo contrario, está bajo licencia de la licencia [Creative Commons Reconocimiento 4.0](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/).

ELEMENTOS PARA LA CONSTRUCCIÓN DE LA MASCULINIDAD: SEXUALIDAD, PATERNIDAD, COMPORTAMIENTO Y SALUD REPRODUCTIVA

Morelba Jiménez García*

PRESENTACIÓN

El presente trabajo tiene como objetivo identificar algunos elementos del comportamiento reproductivo masculino que contribuyen a la construcción de la identidad masculina y que nos permiten explicar la relación de complementariedad que existe entre los géneros en el proceso de la reproducción humana.

El estudio de la masculinidad surge como necesidad de producir elementos teóricos que nos permitan conocer e interpretar la complementariedad de los géneros, tarea impostergable para quienes consideramos que el género es la vía hacia la construcción de una cultura igualitaria.

Metodológicamente, este ensayo parte de la revisión de algunos planteamientos hechos por investigadoras e investigadores de América Latina, quienes vienen perfilando una teoría de la masculinidad del hombre en la región.¹ Luego de esa muy sucinta revisión, comparamos los criterios allí señalados con una experiencia de investigación que iniciamos en el año 1997 sobre el comportamiento reproductivo de los hombres de una comunidad de pescadores ubicada en el oriente venezolano, Río Caribe, estado Sucre, con el objetivo de compartir ideas sobre posibles constantes que pudieran encontrarse en el comportamiento de los varones latinoamericanos.

En este trabajo la categoría de género es utilizada como el instrumento fundamental para el

análisis del comportamiento reproductivo masculino, entendida ésta como construcción social y cultural que tiene como base las diferencias sexuales y que traduce estas diferencias en desigualdad social (Lamas, 1986; Scott, 1990).

Como construcción social, el género explica lo masculino y lo femenino como procesos que se definen por actuaciones específicas resultado de acciones social, cultural, económica e históricamente determinadas, y que son susceptibles de transformación. Lo masculino (poder y dominación) y lo femenino (subordinación y discriminación) sitúan la sexualidad y la procreación como componentes definitorios de la construcción de las relaciones de género.

Las relaciones de género han estado mediadas por la dualidad poder-dominación/ subordinación-discriminación, privilegiando para los valores los procesos de producción y dejando a las mujeres la reproducción.

En la explicación sobre la reproducción humana el centro de reflexión ha sido tradicionalmente la mujer y sobre ella recae toda la responsabilidad de la práctica del comportamiento reproductivo. Poco se ha producido sobre el papel de los varones en el proceso de procreación (Lerner, 1998). Diversos son los argumentos que tienden a explicar esta desviación; no es este el lugar para tal tarea, lo que queremos resaltar aquí es la necesidad de producir conocimiento que exprese las relaciones de complementariedad, que muestren las dos dimensiones del proceso de la reproducción humana.

* Socióloga e investigadora de la Escuela de Sociología, Universidad Central de Venezuela, y asesora del Grupo Temático de Género de Naciones Unidas en Venezuela.

1 Aunque no desconocemos la producción bibliográfica de importantes investigadores, como Michael Kimmel y M. Kaufman (1989), nos referimos fundamentalmente a la bibliografía latinoamericana, que apenas comienza a producirse.

El orden sociocultural ha entrado en crisis. Lo público y lo privado se trastocan, así como el papel del proveedor se resiente, resquebrajándose también el poder del patriarcado. A este nuevo orden cultural vienen aproximándose nuevas prácticas sociales a las cuales hay que darles respuestas desde una perspectiva de género que brinde garantías a la reconstrucción de una sociedad donde no persistan las desigualdades.

Las mujeres hemos realizado, en búsqueda de mejores y mayores oportunidades para el logro del empoderamiento (*empowerment*), importantes modificaciones en el orden social que han producido transformaciones en la vida de los hombres.

Hablar de masculinidad desde las mujeres es, probablemente para algunos, una impertinencia o, mejor, una no-pertenencia; pero por el contrario, es un ejercicio teórico necesario para quienes hemos tomado conciencia de que los cambios en las relaciones entre los géneros son y serán a la larga beneficiosos para el conjunto de la humanidad.

SER HOMBRE. EL MISMO MODELO EN TRES PAÍSES

La más reciente investigación realizada en Chile por Teresa Valdés y Jorge Olavarría, "Construcción social de la masculinidad en Chile, crisis del modelo tradicional" (1998), basada en entrevistas a profundidad con hombres en tres diferentes etapas de sus vidas y de dos sectores sociales (medio alto y bajo), todos con hijos y con parejas, caracteriza la masculinidad desde dos variables muy concretas: la biológico-genital y la cultural.

...ser hombre es tener pene y bien puesto está. No me sobra ni me falta... Ser hombre es trabajar porque eso me da independencia y puedo alimentar a mi familia... Ser hombre en la sociedad en donde viven es incorporar pautas de comportamiento, vivencias y mandatos sociales... es ser activo, afrontar las situaciones fuertes, no tener miedo, no expresar emociones ni llorar. El hombre es de la calle, los hombres son conquistadores les gustan las mujeres, son fuertes, tienen cargas y responsabilidades (Valdés y Olavarría, 1998).

En el campo de la sexualidad, los hombres asocian su identidad sexual y se "bautizan" como tales sólo cuando ejercen las relaciones sexuales. La genitalidad, o mejor dicho la expresión biológica de ella, es lo que los define como hombres en forma inmediata; tienen pene, con ello nacieron y eso los identifica.

El trabajo es la otra variable fundamental que define lo masculino: "...el trabajo hace al hombre y el hombre es del trabajo" (Valdés y Olavarría, 1998:27). Éste le da al hombre poder, seguridad, prestigio y autoridad. Es una actividad de la calle, el trabajo justifica su función de proveedor. Sexo y trabajo caracterizan la identidad del hombre chileno.

Las conclusiones señalan que ser hombre en Santiago de Chile responde a un modelo hegemónico, independientemente de su condición social, y que estas estructuras se vivencian con mayor frustración por parte de los jóvenes de los sectores populares.

Según la antropóloga Norma Fuller —quien en su estudio "La construcción social de la identidad de género entre varones del Perú" (1998) entrevistó 120 hombres jóvenes y adultos en tres ciudades: Lima, Cuzco e Iquitos—, las poblaciones estudiadas comparten una definición general sobre lo "masculino", que contempla tres variables: la natural, lo doméstico y lo exterior (público/calle).

La natural se refiere al aspecto físico, a los órganos sexuales y a la fuerza física. Lo doméstico está referido al orden de la socialización; esta tarea está a cargo de la escuela y la familia. Y lo exterior es lo público: la calle se asocia a la virilidad y es la dimensión desordenada y no domesticada del mundo; en la calle se aprende lo que es ser hombre...

...ser macho significa romper con alguna de las reglas de los mundos domésticos y público (Fuller, 1998).

También para los varones peruanos el trabajo significa el elemento central de la masculinidad. Ingresar al mundo laboral es alcanzar la condición de adulto que permite establecer una familia, y ello constituye la principal fuente de reconocimiento social.

Desde este punto de vista doméstico, las mujeres se definen en cierto tipo de contrato; ellas

hacen las labores domésticas y ellos son los que ejercen el control de la sexualidad. Este tipo de relación complementaria hace posible el proyecto familiar.

La paternidad consagra la hombría. Ser padre y jefe de familia es ser el eje y protagonista de un nuevo núcleo social; el vínculo padre-hijo, donde está la verdadera dimensión de la hombría, debe trascender a través del reconocimiento público.

La identidad de género se construye dentro de la multiplicidad de diferencias de edad, clase y etnicidad, etc. De este modo la experiencia de género de un varón no se determina únicamente por el sexo sino por el lugar que ocupa dentro de las categorías raciales, de clase, étnicas de regiones (Fuller, 1998:57).

Al igual que en Chile, los rasgos más específicos que definen la masculinidad son el trabajo, los hijos y los caracteres sociales (los roles) y genitales (sexo): ser fuerte, tener pene y ejercerlo.

En Venezuela, dos investigaciones nos servirán para hablar de los antecedentes sobre estudios de masculinidad.

El trabajo de Jeanette Abouhamad titulado “Los Hombres de Venezuela, sus necesidades y aspiraciones” (1978), pese a no ser un estudio sobre la masculinidad, constituye un valioso aporte en este tema, ya que desde el punto de vista sociológico nos permite reunir algunos rasgos que sirven a la identificación de la masculinidad en nuestro entorno sociocultural.

Los estudios de Felipe Carrera Damas, *El comportamiento sexual del venezolano* (1974) y *¿Es Ud. un macho?* (1980), se refieren a los comportamientos biológicos y socioculturales que caracterizan a la población masculina venezolana. Es importante aclarar que en los años que estas investigaciones fueron realizadas la discusión sobre género no estaba presente en el país, y sin embargo la encuesta de la investigación sobre machismo se realizó con la participación de hombres y mujeres. El trabajo de Carrera Damas — cuyo interés fundamental fue el estudio del comportamiento sexual— consistió en una encuesta realizada a 3.636 hombres y mujeres ubicados en áreas urbanas.

Carrera plantea allí las características que definen “lo masculino” en el hombre venezolano. Las consideraciones obtenidas no se diferencian de lo señalado por las investigaciones en Chile ni en Perú: se es macho cuando se tiene una genética cromosómica XY (Badinter, 1993), lo cual define su sexo: pene y testículos en ejercicio. “...el hombre es rudo y mandón, debe ofrecer seguridad a la mujer, para el venezolano tener hijos es una función de su masculinidad ...como buen machista cree que la función de padrote es honrosa, es el blasón de su virilidad” (Carrera Damas, 1980:113).

A los rasgos genéticos hay que agregar los condicionantes socioculturales. Ser hombre es además tener fuerza física, mantener el hogar y ser nominado como jefe del mismo.

Ser hombre en Venezuela tiene algunos de los matices señalados por Norma Fuller (la etnicidad y la clase social) y también por Valdés y Olavaría (ser hombre es importante).

Ser hombre en Venezuela tiene su especificidad cultural ligada también al campo de los contenidos socioeconómicos y culturales.

MASCULINIDAD Y SALUD REPRODUCTIVA EN VENEZUELA²

La necesidad de producir conocimientos que identifiquen las prácticas de los hombres en el proceso reproductivo para elaborar estrategias de análisis más comprensivas sobre el fenómeno de reproducción humana fue el objetivo que inspiró la investigación realizada en una comunidad pesquera ubicada en la parte oriental del país.

Río Caribe, comunidad situada en el estado Sucre frente al mar Caribe, es considerada una de las entidades de mayor producción pesquera del estado. Caracterizada además por presentar una de las más altas tasas de fecundidad que se mantienen en el país: 6 hijos por mujer a lo largo de su vida.

La investigación, que titulamos *Estudio sobre el comportamiento reproductivo de los hombres de Río Caribe*

2 El concepto de salud reproductiva al que hacemos referencia en este trabajo fue desarrollado en la IV Conferencia de Población y Desarrollo de El Cairo (1994) como “la capacidad de disfrutar de una vida sexual satisfactoria y la libertad para decidir procrear o no”.

(Jiménez, Romero y González, 1996), buscaba conocer, entre otros factores, el papel que los hombres juegan en el proceso de la reproducción, el lugar que ellos ocupan al enfrentar las decisiones reproductivas y cómo estos espacios contribuyen a la construcción de su masculinidad.

Para ello se entrevistó un grupo conformado por 200 hombres en edades comprendidas entre los 15 y 60 años, habitantes de una comunidad rural, con altos índices de pobreza.

Utilizamos la encuesta como instrumento de recolección de información para obtener conocimientos sobre la sexualidad e identificar el comportamiento procreativo. Estamos conscientes de las limitaciones que instrumentos de esta naturaleza muestran para acercarse a una realidad tan sensible como es la sexualidad, pero ello nos permitió conocer las tendencias de comportamiento de este grupo de población frente al hecho de la paternidad, la sexualidad y la masculinidad.

La edad promedio de los entrevistados es de 35,7 años, siendo bien importante el grupo por debajo de los treinta años, que constituye el 44,6%, la mayoría de ellos menores de veintiséis.

En su conjunto, un grupo alfabetizado que sabe leer y escribir (93,1%); pero en su mayoría (57,9%) con bajo nivel educativo. Además sólo una cuarta parte (24,5%) se encuentra estudiando actualmente, lo que coincide con el grupo más joven.

En cuanto al ingreso, el promedio, según lo que declaran, es de 68.600 bolívares —un poco más de 4 salarios mínimos (el salario mínimo para el momento de la recolección era de 15.000 bolívares), el equivalente a \$145,95. La mayoría de ellos (62,7%) reciben entre 30 mil y 70 mil bolívares (entre 2 y 4 y medio salarios mínimos, equivalentes a US\$ 63,82 y US\$ 148,93). Es importante señalar que para el primer semestre de 1996 el costo de la canasta básica era de 80.767 bolívares. El promedio nacional es de 90 mil bolívares y ellos están por debajo del promedio nacional.

Casi la mitad (46,1%) mantiene un vínculo conyugal legalizado por vía del matrimonio civil. De significativa importancia es el grupo de los que declaró mantener una unión consensual (19,1%). Los solteros constituyen casi la cuarta parte (24,5%).

El grupo más numeroso (68%) tiene menos de 5 hijos, estando el promedio alrededor de 3. Eso podría estar asociado a la juventud de los entrevistados. No obstante, es significativo que el 32% de ellos tenga más de 5 hijos.

No olvidemos en este análisis que el comportamiento reproductivo es un proceso que muestra una tendencia. Si el promedio de hijos se encuentra en esta población ya en tres hijos, a lo largo del ciclo reproductivo (no definido en límite de edad en el caso de los hombres) potencialmente se podría establecer una posible duplicación al final de la vida.

Entre los casados o unidos (154 hombres), trece (8,4%) mantienen actualmente relaciones conyugales con otras mujeres además de su esposa o concubina. Las razones que éstos aportan para justificar otra unión están vinculadas, en la mitad de los casos, a la insatisfacción en la primera.

De los que en el pasado mantuvieron y los que mantienen relaciones no permanentes con otras mujeres, 21 han tenido hijos con ellas. La mayoría (57,1%) solamente un hijo/a.

Entre los que no están casados ni unidos, la mayoría (75,5%) manifestó tener relaciones sexuales.

Para todos los hombres (casados, unidos, solteros), el inicio de la sexualidad se produjo antes de los veinte años de edad (97,9%). Es interesante el hecho de que el 37,5% las haya tenido antes de los quince.

El 72,3% manifiesta no haberse cuidado en su primera relación.

En cuanto a la frecuencia de las relaciones sexuales (incluyendo a casados, unidos y solteros), lo más común es que las tengan varias veces por semana.

La información que manejan sobre la sexualidad fue aportada básicamente por amigos de la misma edad y los maestros.

El 98,5% de los entrevistados conoce al menos un método anticonceptivo.

La casi totalidad (98,5%) conoce el preservativo o condón, aunque apenas lo usa el 13,5%.

El coito interrumpido es conocido por el 62,3% y usado en la actualidad por el 12,5%, aunque el 48,8% lo ha utilizado alguna vez.

El método del ritmo lo conoce el 44,1%, y es aplicado actualmente por el 12,2%.

El 47,5% conoce la vasectomía; sólo uno de 200 entrevistados (1,03%) declaró que se había esterilizado recientemente.

El método de la ligadura es conocido por las tres cuartas partes (75,5%). De los entrevistados, apenas el 16,8% manifestó que su pareja actualmente está "ligada" y sólo uno de ellos expresó que su compañera se esterilizó en época anterior.

Las píldoras anticonceptivas son conocidas por la inmensa mayoría de los entrevistados (91,7%), sin embargo, para el momento de la entrevista sólo eran usadas por el 15,5% de las parejas.

El llamado "aparato" es conocido por la mayoría de los hombres entrevistados (61,3%), de los cuales sólo el 4,8% declaró que su pareja lo usaba al momento de la entrevista.

En definitiva, se tiene que el método más conocido es el de preservativo o condón. Hasta el presente el método que las parejas han utilizado más es el coito interrumpido, seguido del preservativo (41%), y el menos que han usado es la vasectomía.

Los que no han usado ningún método dan como razones fundamentales la falta de información (36,5%), los daños a la salud (31,7%), porque no quieren evitar los hijos (12,6%) y que es un asunto de mujeres (9,5%).

La razón fundamental para dejar de usarlo, de acuerdo a lo que declaraban los hombres entrevistados, es que les estaba haciendo daño (44%).

Una manifiesta disposición a la paternidad (99% respondió al deseo de ser padre), "...Un hombre sin hijos es como un árbol sin frutos", sumado a la definición de la paternidad como "la responsabilidad de mantenerlos", configura el concepto de ser hombre en estos entrevistados. Ligado a una concepción de que la responsabilidad en la crianza de los hijos corresponde a las mujeres, también a ellas la obligación de la casa y el trabajo doméstico porque son ellas las que deben estar

allí, ya que "los hombres son de la calle y las mujeres de la casa".

Los hallazgos más importantes de este estudio tienen que ver con los elementos que configuran la sexualidad de los hombres que entrevistamos. A la situación sobre qué es ser hombres para ellos, básicamente responden:

Ser hombre es tener hijos. Un hijo constituye la prueba de su virilidad, los testimonios indican: "...un hombre sin hijos es un elemento raro que no responde a la naturaleza para la cual fue diseñado". Frases muy agresivas y denigrantes definen a quienes no cumplen con esta función. Esto explica por qué a la edad de 37 años ya se tiene tres hijos, y en una importante parte en más de una pareja.

Las relaciones sexuales iniciadas a edades muy tempranas son la respuesta al deseo de demostrar la virilidad y la reproducción. Mientras más temprano tenga el hombre los hijos, más rápido demuestra su capacidad de procrear y su identidad sexual.

...no se es hombre hasta que no se tienen hijos ...un hombre sin hijos es como una gallina que pone huevos de tierra, no sirve para nada. Es el peor hombre del mundo... es un desgraciado es un castrado es un ser inferior, infeliz... ¡Coño un hombre sin hijos, mall! Todavía estuviera allí de vagabundo, la esperanza de uno es ser padre... (testimonio).

Quizás por ello los métodos de anticoncepción más comunes son el condón y el coitus interruptus, sobre los cuales tienen mayor dominio para decidir cuándo y con quién los utilizan.

...yo uso preservativos cuando me voy a acostar con una mujer de la calle, porque con mi pareja no lo necesito, no necesito cuidarme (testimonio).

En el caso de los entrevistados, la sexualidad se vive como la reproducción, la forma de perpetuarse. Es por ello que la anticoncepción es vista como una forma de castración:

...Los orientales no, el pescador no, nada de eso [de métodos anticonceptivos]. Ya después que uno está viejo se queda seco, pero si uno está joven, ¿va a estar usando esa broma? ...no, no puede ser... (testimonio).

Ser hombre es hacer “cosas de hombres”.

La cultura del machismo lleva a las madres a darle una educación a los hijos varones que les reafirme su masculinidad o machismo. Los hombres no lavan ni planchan porque serían afeminados. Esas son cuestiones de las mujeres.

...mamá nunca nos enseñó a nosotros los varones a hacer nada de eso, lavar, planchar. Yo recuerdo que un día me puse a lavar un pantalón y cuando me agaché para echarle el detergente ACE, mamá agarró un palo y me lo pegó por la espalda para que yo dejara eso, porque eso no es cosa de hombres (testimonio).

Estas tendencias asoman elementos de la construcción social de la masculinidad. La norma que parece prevalecer en nuestra cultura.

Lo masculino se define desde la sexualidad con los mismos conceptos que los descritos por los hombres de Lima y de Santiago de Chile; por la genitalidad y la reproducción. También la oposición a determinadas pautas sociales asignadas a las mujeres y prohibidas a los hombres, como son las tareas domésticas, complementan la definición de masculinidad.

Las respuestas de los entrevistados nos sugieren que ser hombre es seguir un modelo que la sociedad ha caracterizado e impuesto; es ser fuerte, no participar de lo doméstico, iniciarse temprano en la sexualidad y tener trabajo para poder asumir la responsabilidad de mantener la familia.

La mayor parte de los hombres de la comunidad de Río Caribe, principalmente los pescadores, se inician en la actividad pesquera desde los 7 años, primero acompañando a sus padres en la faena para luego dejar la escuela y dedicarse de lleno a la actividad productiva y tener una familia.

La pesca es una actividad fundamentalmente masculina, a las mujeres no se les permite pescar. Pueden estar asociadas a trabajos complementarios de la pesca, como remendar las redes y limpiar y vender el pescado, pero esos no son considerados elementos productivos (Jiménez, 1992).

Esta ubicación en la esfera de lo productivo para los hombres y para las mujeres lo doméstico y

lo reproductivo —la casa, el cuidado de los hijos y los ancianos—, consolida los mismos modelos que han descrito otros investigadores del tema en América Latina. Tales comportamientos son transmitidos desde el momento mismo que se conoce el sexo, aún en el vientre materno, por la madre y el padre, y se consolidan con la escuela y la familia así como el entorno cultural.

AL FINAL

La masculinidad, en las sociedades latinoamericanas, privilegia una estructura de relación entre tres variables: la sexualidad, la reproducción y el poder, que admite variaciones de clase y particularidades históricas y étnicas.

Ser hombre pareciera responder al mismo modelo en Santiago, en Iquitos, en Río Caribe. Los hombres de estos países de la región definen su masculinidad respondiendo a un guión basado en las variables de trabajo y sexo-genitalidad, reproducción, perpetuación y “paternidad”. Aceptando las variaciones propias de la cultura, las generaciones y las clases sociales.

La sociedad patriarcal ha orientado las explicaciones sobre las relaciones entre hombres y mujeres hacia dualidades antagónicas: poder/discriminación, activo/pasivo, fuerte/débil, que sólo han contribuido a una situación de incomunicación.

Para entender la masculinidad es necesario verla desde la perspectiva de relaciones de género, desde lo que las mujeres sienten como masculino y los hombres como femenino.

La investigación que realizamos entre los hombres de Río Caribe nos permitió determinar que la construcción de la masculinidad responde a una estructura que la cultura tradicional ha mantenido como definitorio: lo sexual como lo varonil. Tener relaciones sexuales y procrear es un mandato; un mandato que se expresa a través del ejercicio de los roles: *los hombres no lavan*, discursos: *quien no tiene hijos es una gallina*, y control comunitario: *un hombre sin hijos es un árbol sin frutos*, ello por encima de sus deseos y su placer (Lerner, 1998).

Las hipótesis sobre la masculinidad deberán ser construidas desde la explicación de un enfoque

de género. Como categoría relacional, ésta considera variables como las condiciones socioculturales, económicas, sexuales y también las experiencias individuales y subjetivas de los dos géneros. Ésta nos permitirá establecer relaciones que ninguna otra opción teórica visibiliza.

Es necesario profundizar en los aspectos de la identidad masculina, su sexualidad y su salud reproductiva, desde una relación masculinidad/feminidad, donde lograremos desde una posición adecuada resolver los dilemas que nos plantea la reproducción humana.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Abouhamad, J., 1978. *Los hombres de Venezuela, sus necesidades y aspiraciones*. Caracas: Ediciones de la Universidad Central de Venezuela.
- Badinter, E., 1993. *XY, la identidad masculina*. Bogotá: Norma.
- Carrera Damas, F., 1980. *¿Es Ud. un macho? El machismo en Venezuela*. Caracas: Seiven.
- Colina, A. & Izaguirre, J., 1996. *Los derechos sexuales y reproductivos en la comunidad de Río Caribe*. Tesis de Grado, Caracas: Escuela de Sociología, Universidad Central de Venezuela.
- Fuller, N., 1998. La construcción social de la identidad de género entre varones del Perú. En: *Masculinidades y equidad de género en América Latina* (T. Valdés & J. Olavarría, eds.). Santiago de Chile: FLACSO.
- Jiménez M., 1992. *Esos que no son trabajos. Familia y mujer en la comunidad pesquera de El Morro de Puerto Santo*. Caracas (mimeo).
- Jiménez, M.; Romero, A. y González, D., 1996. *Estudio sobre el comportamiento reproductivo de los hombres de Río Caribe*. Caracas: FNUAP/UCV (mimeo).
- Kaufman, M., 1989. *Hombres: placer, poder y cambio*. Santo Domingo, República Dominicana: Centro de Investigación para la Acción Femenina.
- Lamas, M., 1986. La antropología feminista y la categoría de género. *Nueva Antropología*, VIII (30):146-187.
- Lerner, S., 1998. Participación del varón en el proceso reproductivo: recuento de perspectivas analíticas y hallazgos de investigación. En: *Varones, sexualidad y reproducción: diversas perspectivas teórico- metodológicas y hallazgos de investigación* (S. Lerner, ed.), pp 137-162. México DF: El Colegio de México, Centro de Estudios Demográficos y de Desarrollo Urbano.
- Scott, J., 1996. El género: una categoría útil para el análisis histórico. En: *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual* (M. Lamas, comp.), pp. 265-302. México DF: Universidad Nacional Autónoma de México, Programa Universitario de Estudios de Género.
- Valdés, T. y Olavarría, J., 1998. Ser hombre en Santiago; a pesar de todo un mismo modelo. En: *Masculinidades y equidad de género en América Latina* (T. Valdés & J. Olavarría, eds.). Santiago de Chile: FLACSO.